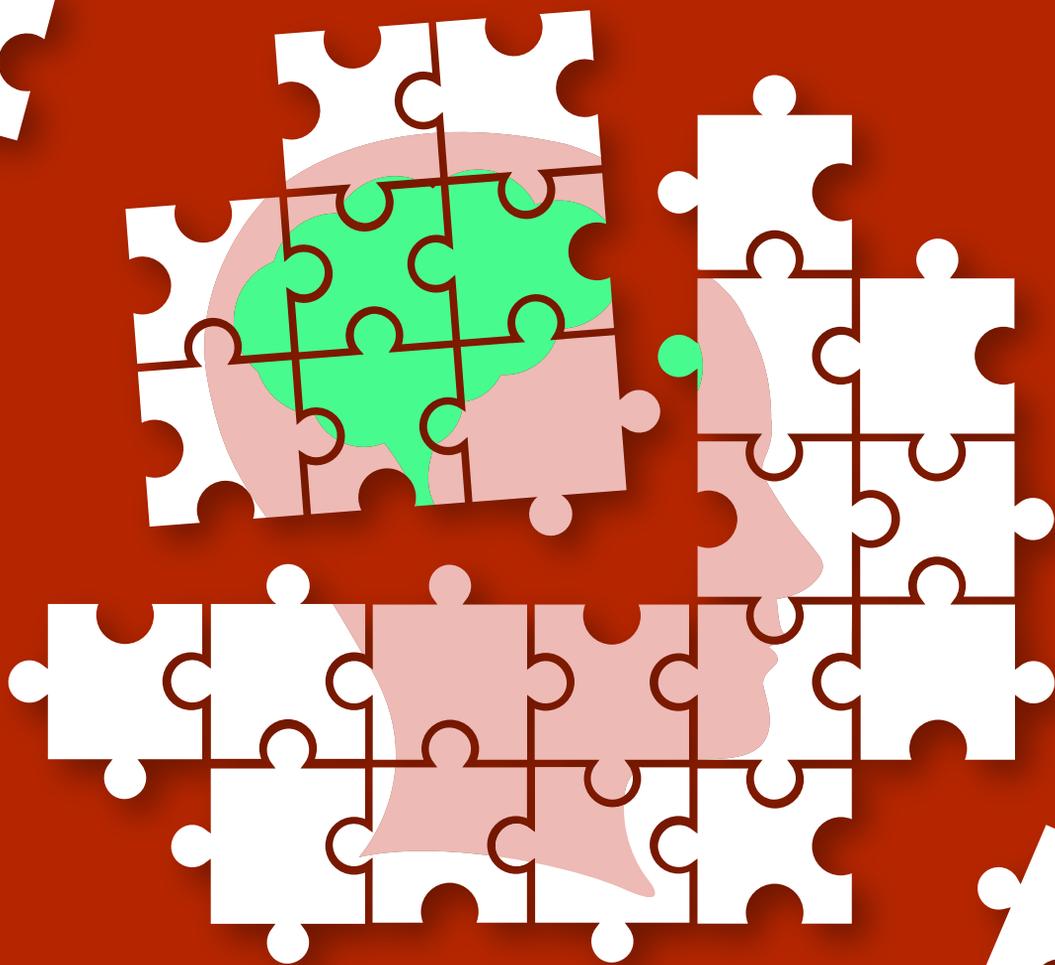


EL POPULISMO

Una estrategia de MOVILIZACIÓN política



Salvador Cárdenas Gutiérrez
Carlos Requena



EL POPULISMO

Una estrategia de MOVILIZACIÓN política

Salvador Cárdenas Gutiérrez
Carlos Requena



MADRID BARCELONA LONDRES NUEVA YORK SAN FRANCISCO
SHANGHÁI BOGOTÁ BUENOS AIRES CIUDAD DE MÉXICO MONTERREY

ÍNDICE

GLOSARIO DE TÉRMINOS POLÍTICOS	11
INTRODUCCIÓN	21
1. EN LUGAR DE CONDENAR, ENTENDER... ..	27
2. UNA POLÍTICA ASEDIADA POR LAS EMOCIONES	49
3. TRES CABALLOS DE BATALLA DEL POPULISMO: GLOBALIZACIÓN, DESIGUALDAD, DESENCANTO ..	61
4. DEL RESENTIMIENTO A LA INDIGNACIÓN	79
5. REAPARICIÓN DEL ESTADO-NACIÓN	91
6. EL <i>ESTABLISHMENT</i> : CAUSA DE NUESTROS MALES	107
7. DEVOLVER LA POLÍTICA A LA GENTE... ¿QUIÉN ES LA GENTE?	129
8. POPULISMOS DE IZQUIERDA Y DE DERECHA	145
9. PERSONALISMOS Y NARCISISMOS: PUNTOS DÉBILES DEL POPULISMO	167
10. EL PROBLEMA DE LA <i>POSVERDAD</i>	195

11. SIMBOLOGÍA POPULISTA:	
UN MUNDO DE REPRESENTACIONES	211
12. POPULISMOS EN AMÉRICA LATINA	229
13. ¿QUÉ HACEMOS CON EL POPULISMO?	263
BIBLIOHEMEROGRAFÍA	279
CRÉDITOS DE FOTOGRAFÍAS	291

1.

EN LUGAR
DE CONDENAR,
ENTENDER...

Peculiaridad del ignorante es responder
antes de oír, negar antes de comprender, afirmar
sin saber de qué se trata.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, SIGLO XVI

Tenemos que hablar de una palabrita
que parece ubicua en estos tiempos [el]
populismo... En la actualidad es imposible leer
un artículo sobre política sin toparse con ella.
Prácticamente todas las elecciones o referendos
se encuadran en la pugna entre un populismo
envalentonado y una clase dirigente en horas bajas.
No hay espacio para nada más...

CAS MUDDE, UNIVERSIDAD DE GEORGIA

Un término denigratorio

Cuando hablamos de *denigración*, hacemos referencia a ennegrecer la imagen de una persona o institución, a *pintarla de negro*, como lo expresa su raíz latina *denigrare*. Se trata de un recurso que suele emplearse en la política para restar popularidad a un contendiente en campaña o a un político en ejercicio de sus funciones. Antiguamente, era parte de una pena impuesta por un juez de alto rango llamada *infamación* que, entre otras de sus drásticas medidas, permitía que el agraviado o sus familiares expusieran en público las fechorías del inculpado para rebajar su honor o reconocimiento entre las personas.

La denigración también se emplea para desacreditar a un grupo de personas por medio del uso peyorativo de un término. Tal es el caso del *populismo*, palabra que se ha descontextualizado para emplearla prácticamente como insulto, ofensa, denostación. No solo por el contexto, sino por el tono que se le da al pronunciarla. En meses recientes hemos visto que la palabra se ha empleado como sinónimo de retórica plana e inconsistente. Emotiva pero inconsistente. Por ejemplo, decirle a un político en medio de un debate público que sus argumentos son *¡populistas!*, equivale a decirle mentiroso, sofista, engañosos, mago de la palabra, iluso y muchas otras cosas.

Pero todo ello es consecuencia del mal cartel que ha cobrado la expresión. Lo mismo sucedió en el siglo XIX con palabras como *reaccionario* o *conservador*, no importando si a quien se le tildaba de tal reaccionaba contra una injusticia cometida en nombre de la ley o de un sistema que consideraba injusto o si lo que quería conservar era lo que había de bueno en el pasado para mejorarlo y no pretender hacer *tabula rasa* del pasado como pretendían los progresistas más radicales. ¿Y qué decir de las palabras *izquierda* o *derecha*? Se trata de términos cuyo significado se ha construido estratégicamente, y no semántica ni gramaticalmente. Además, aunque algunos ensayistas e historiadores pretendan

mantener esos términos como la expresión de una bipolaridad ideológica, lo cierto es que hoy día no se sabe quién es de derecha o de izquierda, y menos se sabrá si se tiene en cuenta esa suerte de transversalidad ideológica que caracteriza a la mayor parte de los políticos en el mundo, es decir, del pragmatismo que les lleva a tomar prestados elementos que antes se consideraban de izquierda o de derecha y que hoy se han invertido para significar exactamente lo contrario. Lo mismo da si, como hemos dicho, las palabras se emplean como medio de defensa, ataque, posicionamiento o táctica electoral.

Es por eso por lo que escribimos este libro, como expresión de la personal rebeldía intelectual e inconformismo crítico que los autores compartimos desde hace años, como cautela ante las modas lingüísticas que nos lleva a no adoptar tan fácilmente las palabras que aparecen en el *top 3* anual de los diccionarios como la *palabra más empleada del año*. Preferimos investigar, reflexionar, intercambiar puntos de vista y, desde luego, abrir espacios de diálogo o escribir textos que sirvan para debatir, conversar, profundizar, dialogar, intercambiar información con respeto y tolerancia ante modos de pensar diferentes.

Con ese espíritu escribimos estas páginas en las que en ocasiones nos reservamos nuestra opinión sobre ciertos temas, no por temor a quedar mal con determinados grupos o personas, sino porque la perspectiva que adoptamos no es la de periodistas (que no lo somos) sino la de abogados que hemos tenido siempre un pie puesto en la universidad, en la vida académica, en los libros.

Nuestro punto de partida es, pues, una crítica al uso indiscriminado y superficial del término populismo para, luego, proponer una línea interpretativa más adecuada a la realidad. Esto nos lleva a hacer varios matices, pues es común escuchar hoy día comentarios de pasillo, e incluso leer artículos de revistas especializadas o editoriales de periódicos de gran prestigio, expresarse del populismo como si todos entendiéramos lo mismo y de igual manera,

cerrando de entrada la puerta a cualquier validación de proyectos populistas que pudieran significar una alternativa positiva para la renovación de los sistemas democráticos.

La palabra ha sufrido tal abuso que llamar hoy día a una persona *populista*, equivale a catapultarla hacia las zonas marginadas de la antipolítica, del anarquismo, del caos y de la demagogia. Pero, ¿nos hemos tomado un momento para reflexionar sobre el sentido del término? Incluso, ¿sabemos que se trata de un término polisémico y con un gran número de variables en su aplicación?

El populismo: un continente sin contenido

El discurso caracterizado como “populista” se teje en torno a significantes vacíos del tipo “patria”, “pueblo”, “ciudadano” [...]: verdaderos “significantes amo” que han configurado las prácticas políticas aquí y allá. Por estar “vacíos” esos significantes son susceptibles de ser hegemonizados, esto es, llenados por momentos de cierta significación funcional a quien ostenta poder.

ERNESTO LACLAU, 2011

Antes de intentar aproximarnos a una definición, trataremos de desbrozar el terreno señalando lo que no es el populismo. En primer lugar, no es un cuerpo de doctrina ni propiamente una ideología con contenidos programáticos específicos, es una *estrategia discursiva* que tiene como característica principal el llamado general a la sociedad para que ponga un freno a las élites, es decir, a los políticos de oficio, a los partidos políticos y a los miembros de las cámaras. La propuesta de los movimientos y partidos que se dicen o son, o creen ser, populistas es crear una

governabilidad basada en las aportaciones de *la gente*. Generalmente apelan a la lógica social más básica, a la que denominan *sentido común popular* y, por ello, una de sus tácticas más recurridas es la celebración de audiencias o encuentros con los sectores marginados, en las zonas periféricas o más atrasadas de las ciudades. Se reúnen (de preferencia tratando de ser vistos y grabados por las cámaras de televisión, las redes sociales y otros medios) para *escuchar los problemas de la gente*, que luego convierten en piezas centrales de su discurso populista.

Para Norberto Bobbio, el populismo es una forma de actuar y entender la política a partir de la imagen ideal de un pueblo homogéneo, positivo, legítimo y depositario de los valores más altos, para el cual se pretende rescatar la política genuinamente democrática (Bobbio, 2005). Por su parte, Jean-Yves Camus (citado en Hérard, 2014), un especialista en la extrema derecha, dice que, si bien la ciencia política no ofrece una definición única de populismo, es posible detectar tres tipos con base en la observación de los hechos: 1) populismo de derecha; 2) populismo de izquierda y 3) populismo agrario o campesino (Hérard, 2014). La pregunta, sin embargo, sigue abierta: *¿hay algo en común que pueda darnos una guía para su comprensión?*

Los defensores del populismo no han dado una respuesta a esta cuestión; a veces da la impresión de que saben muy bien lo que no quieren, pero no lo que quieren. ¿Quién más que el filósofo argentino Ernesto Laclau, que recuperó la expresión del baúl de los recuerdos para ponerla nuevamente en el terreno del debate, para expresar esta especie de perplejidad ideológica? Estas son sus palabras:

El populismo se presenta a sí mismo como “subversivo” del estado de cosas existente y también como el punto de partida de una reconstrucción más o menos radical de un nuevo orden una vez que el anterior se ha debilitado (Laclau, 2005, 221).

Un nuevo orden, pero ¿cuál? ¿basado en qué? Cada una de las expresiones del populismo que señalamos anteriormente adquiere sus propias tonalidades. Así pues, el discurso populista, como dice Ernesto Laclau, es más bien una *idea-madre* en la que pueden caber infinidad de contenidos prácticos, tanto de izquierda como de derecha. Por ello, sostenemos aquí que el populismo no es una ideología sino *un discurso* que, tal como aparece en el encabezado de este apartado, tomado del propio Laclau, se teje en torno a significantes vacíos. Una primera aproximación al concepto nos llevaría a afirmar con Moisés Naím que su única distinción clara parece ser la división que se hace entre la sociedad depauperada y una clase o grupo dominante que ha cometido abusos y actos de corrupción en detrimento del bien común.

El populismo *no es una ideología*. Es una estrategia para obtener y retener el poder. Siempre ha existido, pero en los últimos tiempos ha reaparecido con *fuerza potenciada por Internet* y por las frustraciones de sociedades abrumadas por el cambio, la *precariedad económica* y una amenazante inseguridad ante lo que deparará el futuro... (Naím, 2017).

Hay quienes sostienen que el populismo no pasa de ser una estrategia discursiva que nace y crece en los invernaderos de los procesos electorales pero, una vez que concluyen y llega el momento de gobernar la realidad con toda su complejidad, los eslóganes y las consignas bajan de intensidad y el líder se muestra más conciliador, o menos retórico. Nos parece que habría que matizar esta idea, pues si bien es cierto que, por su fuerza para convocar basada en una buena dosis de dramatismo y en la capitalización del enojo y la indignación de muchas personas es un instrumento electoral de gran efectividad, también es verdad que en algunos casos se traduce en políticas absurdas, como podemos ver, por ejemplo, en Venezuela o en Nicaragua. De tal manera que, aunque se trata de un discurso (peligroso, que juega con fuego), también es cierto que puede convertirse en política de Estado.

Independientemente de su aplicación, el populismo es antes que nada *un discurso*, es decir, una forma de plantear los problemas que consiste en señalar defectos, fallas, debilidades del sistema, errores, dificultades, sin que sea necesaria una propuesta de cambio para resolverlos. Aun cuando no es necesario ni ocurre siempre, es un discurso que se construye de una tríada: una víctima (la gente), un victimario (los oligarcas) y un dirigente que libera a la víctima del victimario (líder populista); se trata de una forma de pensar que suele abrir las puertas a dictaduras o a gobiernos autoritarios que en no pocas ocasiones (no siempre) traspasan los límites del orden jurídico establecido so pretexto de liberar y tutelar los derechos de la gente, es decir, de los marginados, los desposeídos y todos aquellos que puedan ser considerados víctimas de un sistema injusto.

El carácter distintivo del populismo es precisamente que aloja una variedad infinita de demandas que logran unificación a través de un *enemigo común* [...].

El populismo no es el demonio, es seña de la operación política por excelencia: la *construcción imaginaria de un nosotros* (Silva-Herzog, 2006).

En la práctica, los movimientos populistas representan, de inicio, un grave problema de comunicación con los gobiernos establecidos, pues las premisas desde las cuales sus líderes razonan y plantean los problemas sociales son antitéticas. Así, por ejemplo, cuando hablan del Estado, no se refieren necesariamente a la forma de organización jerárquica y burocrática que la mayoría de nosotros conocemos, sino a una realidad en la que convergen actores sociales de muy diversa índole como, por ejemplo, los movimientos apartidistas, que actúan de manera directa a través de grandes movilizaciones y consultas populares. Por ello, las autoridades establecidas conforme a las instituciones de la democracia difícilmente pueden entrar en diálogo con los líderes y grupos populistas, pues no conocen ni entienden sus premisas.

En Latinoamérica se ha producido y reproducido un fenómeno: ante las demandas sociales de grupos calificados como populistas, que exigen formas de representación y negociación más abiertas o esquemas de trabajo y de comunicación más horizontales, así como soluciones alternas, alejadas en todo caso de la mentalidad burocrática, los políticos, invocando viejos principios y conceptos aprendidos décadas atrás, se declaran defensores del sistema y descalifican a los demandantes que claman por justicia en calidad de indignados, estigmatizándolos como *enemigos de la democracia*, pues el solo hecho de pensar en formas de representación distintas a las de la democracia indirecta les parece inadmisibles.

Nos encontramos así frente a una barrera de comunicación, pues el lenguaje que emplea la mayoría de los líderes populistas y el de los políticos —vamos a llamarles así— *tradicionales*, aun cuando usen las mismas palabras, tiene significados y proposiciones muy distintos. En ocasiones no solo distintos, sino opuestos y difícilmente conciliables. Y eso no se resuelve con intérpretes, llámense asesores, intelectuales o políticos con experiencia en movimientos populistas, es decir, *expertos*. No se resuelve así porque ni siquiera los conceptos más elementales coinciden (insistimos: aunque las palabras sean las mismas). Para los políticos tradicionales, defensores de la democracia indirecta o representativa, la palabra *democracia* es unívoca: se refiere al sistema de partidos políticos, a los procesos electorales establecidos en la ley y a las sanciones y resoluciones por vía judicial-electoral. En cambio, en el lenguaje populista, esa misma palabra denota realidades distintas. Para empezar, la mayoría de los pensadores populistas piensan que la democracia no es un concepto unívoco, pues la reducción a su expresión electoral es una forma de eliminar formas de expresión distintas, como las marchas, las tomas de calles o las manifestaciones en espacios públicos. Fidel Castro, por ejemplo, hablaba de una “democracia de la plaza pública”, lo cual no era sino una manera decente de llamar a la supresión de cualquier tipo de democracia que no fuera la que él encarnaba, esto es: la de movilizaciones y acción revolucionaria directa.

Pero la mayoría de los políticos a los que hoy día calificamos de populistas no son tan drásticos; admiten una combinación entre democracia electoral y otras formas de comunicación política. Una de sus críticas más severas al sistema de democracia representativa es la que se refiere a la ley electoral, pues consideran que no está al servicio de la democracia popular en sentido amplio, sino únicamente al de un tipo de democracia, que es la indirecta y electoral en sentido estricto. Incluso, para la mayoría de los defensores del discurso populista, la palabra democracia describe una realidad que puede ser opuesta al sistema de partidos. En este caso, valdría preguntar: ¿por qué juegan, entonces, un juego en el que no creen? La mayor parte de los ideólogos del populismo en los países occidentales (no todos) se han dado cuenta de que la democracia indirecta y partidista es el mejor camino para *llegar al poder* sin recurrir a la violencia, por ello justifican que los grupos y movimientos populares se transformen en partidos y entren al juego partidista para dar pasos en su plan hegemónico (un caso extremo, por ejemplo, sería el de las FARC en Colombia). Desde la lógica populista, una vez en el poder, vendrán los procesos transformativos o revolucionarios mediante los instrumentos del sistema tradicional: reformas constitucionales, consultas populares, expropiaciones conforme a la ley, nacionalizaciones con fundamento constitucional e inclusive histórico (vindicación de los bienes nacionales, por ejemplo). Esta fue la táctica, por ejemplo, del entonces guerrillero Fidel Castro, quien estando en la cárcel de Batista le explica ese *modus operandi* a la periodista Melba Hernández en términos más radicales, pero que siguen la misma lógica del juego doble: el democrático y el revolucionario, e incluso, autocrático: “para regular los tratos con otros opositores, hay que llevarse bien con ellos, ‘para luego aplastarlos como cucarachas’ ” (Elorza, 2016). En otras palabras, se trataría de usar las estructuras democráticas para implantar un régimen que a la larga puede no ser tan democrático.

Nos enfrentamos así a dos visiones de la democracia, dos maneras de entender la política y el gobierno. La tradicional, que

podemos llamar aquí, siguiendo a Schumpeter (su principal teórico) “modelo representativo o elitista”, y la del populismo a la que este autor denomina “modelo de democracia participativa”. El modelo representativo (también llamado democracia indirecta o democracia liberal), considera que la democracia es ante todo “un método”, es decir, “un sistema institucional para llegar a las decisiones políticas en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo” (Schumpeter citado en Vázquez Valencia, 2007). El modelo apunta a la formación de una élite cualificada capaz de tomar decisiones legislativas y administrativas dentro de las estructuras jerárquicas del Estado. Según Jürgen Habermas, para que este tipo de democracia funcione es necesario contar con un canon universal de racionalidad aceptado por todos, como por ejemplo, la racionalidad electoral, que se basa en un modo universal de entender el juego democrático de tal manera que cuando una persona, de cualquier parte del mundo y de cualquier partido o tendencia ideológica que sea, dice *democracia*, se está refiriendo a una forma de proceder en política de acuerdo con ciertos cánones como el de la existencia de partidos, campañas electorales, reglas de los procesos de campaña y elección, así como el acuerdo para aceptar los resultados emitidos por una autoridad previamente nombrada para ello.

El problema, según Habermas, es cuando abandonamos ese canon y admitimos muchos cánones de racionalidad democrática, pues entonces se pierde el consenso básico para mantener el orden y la paz. Este autor se refiere, claro está, a aquellos enfoques denominados *posmodernos*, que parten de una crítica a lo que denominan *esencialismo*, es decir, la reducción de todas las posibilidades de pensar a una sola, suponiendo que es la que obedece a la *esencia* humana o al concepto mismo de política. Para quienes sostienen que hay diversos modos de entender la democracia y la participación política, la postura de Habermas es esencialista, reduccionista y cerrada. Tal es el caso de los intelectuales populistas Laclau, Negri o Mouffe, para quienes la democracia no es un

concepto unívoco ni una realidad contundente y única; hay muchas y muy variadas claves de racionalidad política democrática y el primer desafío de la democracia es, precisamente, mantener el *principio agonístico o antagónico* que permite la diversidad de nociones acerca de lo que es *la democracia*.

En efecto, para el enfoque populista, al que Schumpeter denomina “modelo participativo”, es necesario que las personas participen en la vida política “no solo para la protección de los intereses individuales, sino también para la creación de una ciudadanía informada, comprometida y en desarrollo” (Vázquez Valencia, 2007). El modelo puede desarrollarse a partir de esquemas de participación *cara a cara*, es decir, de una relación personal entre el que toma las decisiones y el que se ve afectado por ellas, esquema típico de la democracia directa. Para ello se acude al plebiscito y al referéndum, que son instrumentos de consulta popular directa previstos en una democracia indirecta, y que para algunos defensores de la democracia liberal constituyen una auténtica “pesadilla, no solo para los partidos tradicionales, sino también para la gobernabilidad democrática” (Leonard, 2017). Sobre este tema volveremos más adelante, no sin antes mencionar que la diversidad de visiones o relatos de la democracia no se refiere solo a un problema teórico planteado en las aulas por los profesores que están a favor de cerrar el canon de pensamiento y el concepto mismo de democracia y los que se oponen a ello. Según la profesora Chantal Mouffe (2014), se trata también de una realidad operada en la práctica de los partidos. Para esta autora, destacada defensora del populismo, una de las utopías políticas de los sistemas democráticos contemporáneos, que ha impactado seriamente la pluralidad de significados de la democracia y de las identidades democráticas, es el auge de los partidos que se autodenominan de centro, como la *Tercera vía* de Tony Blair en el Reino Unido, y añadiríamos tres partidos que han tomado esa opción renunciando a su identidad original: en España, el Partido Popular (PP), y en México, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Acción Nacional (PAN).

El problema que, según Chantal Mouffe (2014, 27), representa ese centrismo es que debilita el carácter paradójico que tiene y debe tener la democracia, es decir, de competición entre diversas visiones del mundo, pues al pretender tomar “lo mejor de la izquierda y lo mejor de la derecha” y ofrecer una supuesta opción de equilibrio, en realidad está sembrando una falsa visión de la democracia, cuya naturaleza es la dialéctica, la oposición permanente o, como dice esta autora, la paradoja, que permite la discusión, la pluralidad y la movilidad política. Cuestión con la que concordamos parcialmente, pues cuando las diferencias se eliminan, los discursos se uniforman y las posiciones se equiparan, produciéndose un terreno plano e indiferenciado en el que da lo mismo pertenecer a un partido que a otro, y lo importante es continuar en el juego de la política defendiendo posiciones personales. Así lo hemos observado en diversos países donde los cargos de representación se han hecho acomodaticios, dando lugar a la formación de una *clase política de centro*, es decir, a un grupo de personas que tienen el mismo oficio, los mismos intereses y la misma lógica de competición, y cuyas diferencias no son realmente importantes. Hoy forman parte de una bancada en el Senado y mañana declaran que ya no forman parte de esta ni del partido por el cual los eligieron sus votantes, sino que se alinean a un partido que les promete un futuro mejor. La política se convierte así en un *espectáculo*, en el que los actores se vuelven intercambiables y donde la ideología, la diversidad de enfoques, la posible diferencia de visiones o de principios de lealtad al partido, se dejan de lado. Dicho en palabras de Chantal Mouffe, la democracia deja de ser un juego de visiones (política agonística) y, como hemos dicho, se convierte en un juego de posiciones individuales (2012). Estamos presenciando una auténtica banalización de la democracia: el debate se vulgariza, se vuelve un simulacro tras el cual se esconde una suerte de alianza perversa entre los *representantes* de los diversos partidos, protegiéndose unos a otros para mantener viva y saludable a la gallina de los huevos de oro de la que todos se sirven.

Evidentemente, como todo lo que es histórico y pertenece al terreno de la contingencia humana, este tema admite una gran variedad de matices de interpretación y, en consecuencia, sus excepciones son honrosas y, en ocasiones, dignas de admiración. Pero lo que queremos destacar es la forma en que la democracia es percibida por la mayoría de las personas, no solo en México, sino en el mundo entero. Por ello, mientras el político tradicional tiende a descalificar al populista y señalarlo como “amenaza para la democracia”, el populista entiende que el político tradicional, elegido por un sistema disfuncional e inoperante, forma parte de una casta política indiferenciada, cuya lógica se acerca más a la de las grandes mafias que a la de un partido político. Piénsese si no en las burocracias organizadas por Berlusconi en Italia, o en la clase burocrática oportunista de las dictaduras o en los sistemas de partido dominante en Venezuela, Cuba o China.

Por ello, el discurso populista es una alternativa real a la democracia de partidos, pero no en el desgastado esquema de representación tradicional, sino en otro esquema de acción y representación, más parecido al de un *momento constitucional* que al de una etapa constituida o legislada. Ello vuelve prácticamente inviable la posibilidad de comunicación entre los líderes del populismo y los miembros de la clase política empoderada y acomodada. Además, el populista, que generalmente no se denomina de ese modo a sí mismo, sostiene que él es el representante auténtico y legítimo de la sociedad, a la que invoca de manera directa como *nación* o como *gente*. Es decir, no se refiere a sus partidarios ni se dirige normalmente a quienes forman *su grupo*, sino al pueblo.

Incluso se ha puesto de moda desde hace dos décadas que los líderes de los movimientos populistas, y aun de los partidos tradicionales, se ostenten como *no políticos*, entendiendo por tal que no tienen por oficio la política, que no son *políticos profesionales*. Mario Vargas Llosa, por ejemplo, cuando se lanzó a la aventura de la candidatura presidencial de Perú, procuró por todos los medios

posibles dejar bien claro que él no era un político de oficio y que su *autoridad* no descansaba en la trayectoria política sino en sus méritos artísticos y literarios, en su aportación al prestigio nacional como hombre de letras mundialmente respetado. En ese sentido, arremetió una y otra vez contra los caciques locales, deslindándose de esa forma de hacer política, entregada a intereses personales, al medro, a la cosecha de méritos para el ascenso. Tal como lo señala Alcántara Sáez (2014, 147), cuando encabezó el Movimiento Libertad, Vargas Llosa llegó a afirmar que la energía de los políticos profesionales, sus “habilidades, maquiavelismo e imaginación estaban concentrados en una sola meta: adquirir, retener o recuperar una partícula de poder por los medios lícitos o ilícitos a su alcance... todos practicaban la filosofía moral que sintetiza este precepto ‘vivir fuera del presupuesto es vivir en el error’”.

Algo parecido se observa en la contienda política de México en lo que va de 2018: José Antonio Meade subraya cada vez que puede su *no pertenencia al partido* que lo lanzó a la candidatura presidencial (el PRI), deslindándose del descrédito general que tiene ese partido en la sociedad mexicana y colocándose así en el terreno neutral del clásico tecnócrata, políticamente aséptico, ideológicamente independiente, comprometido con resultados de bienestar basados en la eficiencia de la administración pública y el cuidado del gasto, un *technopol*, en el más puro de los sentidos (Alcántara Sáez, 2014, 161). Y en la Ciudad de México, Claudia Scheinbaum, candidata de Morena a encabezar el gobierno de la Ciudad de México, apenas se diera a conocer su nombre, lo primero que afirmó es que no era política, sino científica, dando a entender que no era una líder política corrompida por el poder de los políticos profesionales, sino una mujer cuya autoridad estaba avalada por su compromiso con la ciencia, con la racionalidad, con los valores más comunes del ciudadano de a pie, esto es, con la funcionalidad de la compleja ciudad que pretende gobernar.

El líder populista se dirige a toda la gente en general, sin diferenciación partidista, a todas las personas que, como dice Laclau,

dan vida a la “imaginada nación”. La invoca desde lo más alto del poder, la llama a actuar y la exalta como la verdadera encarnación de la democracia y, en ocasiones, como el poder constituyente originario que está llamado a regenerar la política nacional. Un concepto de democracia que, como hemos dicho, es ajeno a lo que nosotros, en el esquema de la política occidental entendemos por tal, es decir, la democracia liberal formada por partidos y procesos electorales que dan pie a la única representación nacional posible, que es el parlamento o los congresos. Además, cabe mencionar que a diferencia del populismo europeo, el latinoamericano actúa de manera coordinada. En general, los populismos de izquierda tienden a cerrar filas y a intercambiar apoyos para expandir su área de influencia, pues mientras que en Europa tiende a ser más excluyente, el latinoamericano es incluyente y expansivo (Mudde y Rovira, 2011). Incluso, muy a tono con la sensibilidad latinoamericana, la coordinación se hace más eficaz porque existe una relación de simpatía y amistad personal entre los líderes de los distintos países. La amistad que promovía Hugo Chávez en su momento fue aceptada por los demás de muy buena gana, pues sabían que, junto a su trato cordial y campechano, iba el apoyo financiero de los petrodólares venezolanos.¹

Cabe mencionar que, si bien la mayoría de los movimientos populistas coinciden en su crítica a los sistemas de representación popular creados por la democracia liberal, divergen en las formas de interpretar los problemas, dando cabida a visiones que pueden resultar paradójicas. Así, por ejemplo, muchos movimientos de corte populista incorporan a su discurso la visión religiosa de la vida y aceptan al mismo tiempo ciertas teorías del materialismo marxista, o bien admiten ciertos principios mercantiles típicamente capitalistas junto al más puro análisis socialista de la economía. Esto hace que resulte muy difícil, generalmente, detectar las líneas madre de su pensamiento. Sin embargo, lo que sí es posible identificar son algunas líneas de suministro ideológico, lo cual nos remite al terreno de la historia de las ideas y de los movimientos políticos modernos.

Abrevaderos teóricos del populismo

Podemos estar seguros de al menos tres grandes conjuntos de teorías de donde ha abrevado el populismo moderno: el *anarquismo* del siglo XIX, expuesto por pensadores como Mikhail Bakunin y Pierre Proudhon; el *vitalismo*, expuesto por el filósofo del siglo XIX Federico Nietzsche en algunas de sus obras, como *La gaya ciencia*, *Así habló Zaratustra*, *La genealogía del mal* y *Voluntad de poder*, si bien en casi todos sus escritos se deja sentir esa impronta explosiva contraria al orden lineal, legal y formal que desde su tiempo habían promovido las democracias modernas; y, por último, el pensamiento marxista interpretado por el filósofo italiano Antonio Gramsci, especialmente el que desarrolla en su antología publicada en la tercera década del siglo XX titulada *Cuadernos de la cárcel*.

Debido a las limitaciones que nos impone un ensayo de esta naturaleza no nos es posible detenernos a explicar cada una de estas tendencias, por lo que nos será suficiente con indicar de modo breve algunas de sus coincidencias. Respecto del *anarquismo*, baste mencionar que se trata de una ideología muy amplia, difícilmente encapsulable en una definición, vinculada al marxismo por cuanto pretende suprimir el Estado para imponer en su lugar un orden político y un gobierno que deriven directamente de la sociedad, de manera particular, de aquel sector de esta que ha sido sistemáticamente marginado: el proletariado. Para los creadores de esta corriente, el Estado moderno, con todas sus instituciones y sistemas democráticos, no ha producido sino desigualdades profundas entre una élite que detenta el poder político y económico y la inmensa mayoría que trabaja para enriquecerla. Una de las características del anarquismo que permea hasta nuestros días en el pensamiento populista, es que da prioridad a la acción antes que a las ideas. Lo que busca no es observar el fenómeno del Estado y criticar sus incongruencias o denunciar los posibles actos de corrupción que puedan darse en los procesos electorales, sino transformar ese estado de cosas mediante una *movilización* que

presione y acelere el cambio. Por ello, ni los anarquistas ni los socialistas se constituían en partidos, pues era un contrasentido, ya que lo que intentaban era acabar con el sistema de partidos. Se agrupaban en movimientos o juntas de revolucionarios con la finalidad de realizar acciones directas de choque y desestabilización. Esta cuestión la han sostenido algunos líderes populistas contemporáneos durante su etapa inicial, pero prácticamente ninguno ha resistido la tentación de sentarse en una curul y recibir *su dieta* mientras realiza sus actividades de transformación social.

Por lo que hace a la doctrina nietzscheana, es suficiente con mencionar que, para el filósofo del *vitalismo*, no hay nada más propicio para la decadencia moral que la democracia, pues según él ahogaba las emociones, las pasiones y los sentimientos que están en la base de una sociedad viva, convirtiéndola así en rebaño. Apuesta por lo que él llama *cultura dionisiaca*, que es aquella en la que el hombre libre podía desplegar su fuerza y vigor en la realización de sus sueños. En cambio, lo que él denomina la *cultura apolínea* es la expresión más pura de esa tendencia a nivelar la vida humana encerrándola en fríos cartabones legales (como las leyes electorales, por ejemplo). Además, para Nietzsche la democracia indirecta o de representación popular por medio de partidos es una falacia, pues es casi una ley que, en cuanto los representantes ocupan los cargos para los que fueron elegidos y a los que deben la vida, como la debe el hijo a su madre, se alejan de esa fuente de vida y se desentienden de todo aquello que no sean sus intereses personales; por ello, siguiendo con la metáfora del hijo y la madre, sostiene que ese sistema está destinado a engendrar hijos bastardos (los políticos), que apenas salen del vientre de la madre (la sociedad), se vuelven contra ella. Incluso considera que el sistema de democracia representativa (democracia indirecta) produce un tipo de sociedad dominada por “hombres esclavos”, sin vigor personal ni vida, ahogados siempre en formas legales asfixiantes.

Por último, Antonio Gramsci, pensador italiano fundador del Partido Comunista de ese país, propuso una vía alterna para la

llegada del socialismo al poder en los Estados de tradición latina y occidental, dando lugar a una corriente denominada *eurocomunismo*. En concreto, advirtió de la dificultad con la que se tendría que enfrentar un régimen comunista, en muchos aspectos contrario a la tradición cultural occidental basada en valores cristianos y en criterios individualistas, por lo que proponía iniciar la revolución a través de un cambio cultural, específicamente por medio de una lenta y paulatina inversión del lenguaje. De ese modo se produciría lo que él denominaba *catarsis*, que es el paso de una conciencia individual formada por el capitalismo burgués a una conciencia colectiva, en la que imperasen los criterios éticos sobre los meramente económicos.

Antonio Gramsci representa así un movimiento que parte de la crítica a lo que él denomina *estatalatría* (adoración del Estado), en la que se tiende a ver a esa institución política como un semidios que nos enajena y nos impide asumir una postura crítica frente a la política y a los políticos burgueses, e incluso nos ciega, impidiéndonos “crear una nueva civilización, un tipo nuevo de hombre y de ciudadano” (Gramsci, 2013). Por ello, la palabra *democracia* para el pensador italiano significa ejercicio del poder popular de manera directa, es decir, más allá de las estructuras burguesas de representación en las que un grupo de supuestos *representantes* se hace con el poder del pueblo y lo emplea como si fuera patrimonio privado, olvidando el sentido público del poder que se le confiere por medio del voto.

La característica esencial del pensamiento gramsciano es que añade a la doctrina marxista ciertas categorías de acción tomadas de la estrategia de la guerra, en primer lugar de Maquiavelo, y en segundo, de Clausewitz.

NOTA

- 1.** Entre sus aliados tácitos se encontraban Brasil, Uruguay, Ecuador, Nicaragua, Cuba y la Argentina kirchneriana, así como Chile bajo los regímenes presididos por Bachelet. No obstante, algunos de estos países en ocasiones han utilizado a las naciones aliadas con Venezuela como elementos de contraste para negociar con ventaja con Estados Unidos, presentándose como una izquierda moderada (Weyland, 2013).

a^e

#Populismo



Conceptos básicos para comprender una tendencia política mundial

Este no es un libro en contra del populismo, pero sí en favor de los derechos y el respeto de los *indignados* que cada día sumamos más, especialmente ante los escenarios de corrupción e impunidad que han aumentado en los últimos años, no solo en México sino en un buen número de países del mundo.



LIDeditorial
.com

ISBN: 978-607-9380-72-4



9 786079 138072 4